

JESUS EN MESSENGER

Por Juan Pablo Broin

Abrí mi messenger como todos los días y me tomó por sorpresa aquel cartel que me informaba de alguien que agregó mi email a sus contactos. Su email era extraño, también su nick.

Las opciones que tenía era rechazarlo o también aceptarlo en mis contactos y conocerle. Lo acepté. Y estaba conectado en ese momento. Aquella fue la conversación en el chat más importante de mi vida. Empezó enviando animaciones afectivas y terminó expresándome lo mucho que me amaba. Jesús estaba on line y yo anhelaba que aquella conversación no concluyera.

“Siempre estaré conectado” me escribió. Así que lo saludé muy contento y me desconecté.

Esa misma noche volví a conectarme porque no podía esperar al otro día para hablar con esa persona tan maravillosa.

¡Que esté conectado! era lo único que quería mientras se ejecutaba el programa. Sí, estaba conectado. Dijo que me estaba esperando. Fue otro diálogo muy especial: me habló que había muerto por mí, que tenía planes con mi vida y que iría a solucionar mis problemas.

Luego que cerré el programa fui a dormir con mucha paz en mi corazón como nunca antes lo había hecho.

Al día siguiente volvimos a chatear. Otros amigos estaban conectados pero lo único que yo quería era hablar con El. Le conté de lo que me pasaba y mis problemas, y nunca interrumpió mis oraciones. Terminaba de contarle y luego se dirigía a mí siempre con una palabra de ánimo.

Mis amigos pensaron que les estaba despreciando, ellos sabían que estaba conectado pero no les respondía a sus palabras. No sé porque, pero solo quería hablar con Jesús... eso me daba alegría y motivaba mi vida.

En una oportunidad lo encontré muy tarde. La verdad es que siempre podría contar con El y hallarlo conectado. Yo tuve un día triste, pero él me alegró cantándome una canción.

Su voz era única. Infundaba respeto cada vez que respiraba, pero a su vez llegaba a mi corazón con delicadeza.

Otro día que solo quería chatear con El me decidí a no admitir a mis otros amigos. Era la única manera en que ellos pensarán que yo no estaba conectado y no que los esquivaba en las conversaciones.

Hablamos de muchas cosas, me enseñó las cosas que estaba haciendo mal y expresó que podía contar con El para cambiar y mejorar. De aquel día mi vida no fue la misma, cada vez que hablaba con ese Amigo, las cosas eran diferentes... pero grandiosas.

“Señor, mañana a la noche vuelvo a conectarme y seguimos hablando” fueron mis últimas palabras antes de irme a dormir.

A la tarde del día siguiente me encontré personalmente con mis amigos a quienes había desadmitido en mis contactos. Uno se enojó. Tratando de contarles de Jesús, descubrí que todos ellos le tenían también en sus contactos. Era para la mayoría de ellos un contacto no admitido, y para otros era un contacto ya eliminado.

“Chatear con ese tipo era aburrido” dijo mi amigo con el que desde niño jugábamos. Me sorprendió escucharlo hablar así, sabía que tenía problemas y no entendía cómo pudo haber eliminado a quien se los podía solucionar.

Como prefirieron abandonar mi explicación, terminamos haciendo las cosas que siempre hicimos como jóvenes para divertirnos y disfrutar del momento.

Esa noche, francamente no tenía ganas de hablar con Jesús. No tenía bien en claro porque no quería hacerlo. Sabía que ahí estaría si me conectaba... así que decidí irme a la cama con esa sensación extraña en mi corazón.

No pude dormir. Me sentía inservible, cansado, triste y desganado. Aunque era como si un gran cansancio reposaba sobre mis hombros, no podía concentrarme en alcanzar el sueño.

Al día siguiente me di cuenta que no cumplí con mi palabra, no hablé la noche que le había prometido hacerlo. Tuve ese día un extraño sentimiento de vergüenza y ganas de culpa. Era mi mejor amigo y le había

JESUS EN MESSENGER

fallado.

Era difícil explicar todas las sensaciones que pasaban aquel día por mi mente, me debatía entre volver a conectarme y hablar con El para hallar paz, o continuar con mi mal estado de ánimo. Obvié conectarme aunque por dentro tenía mucha necesidad de hablar con Jesús y escuchar palabras de ánimo.

Aquella noche elegí salir con mis amigos a divertirme y así me escapé del peso mental sabiendo que estaba actuando con ingratitud a quien en otra oportunidad me demostró que me amaba como nadie en el mundo.

Sabía que no podía continuar así pero me faltaban fuerzas para revertirlo. Más pasaba el tiempo y más me resultaba difícil conectarme para chatear con Jesús. Pensé que hubiera sido mejor no haberlo conocido pero fue El quien me a sus contactos y yo lo acepté.

Pensé “le desadmitiré de mis contactos hasta que me encuentre con ganas de volver a hablar con El”. Y lo hice. Entonces solo hablé con mis amigos sobre las cosas naturales como lo hacía antes de conocer a Jesús.

Ahí estaba El, esperando que volviera a admitirlo para charlar pero yo prefería a mis amigos de andanzas a pesar que ninguno de ellos podía contenerme ni comprenderme.

A los días siguientes me envió un email. Me preguntaba cómo estaba y cómo estaban mis problemas; que le preocupaba no hablar conmigo. Me enviaba una invitación a volver a hablar con El.

Pasaron los días y noté que siempre El estaba recordándome que deseaba conversar conmigo. No podía responder a sus correos, solo restaba pensar en que mañana volvería a El... un mañana, en verdad, que cada vez estaba más lejos.

Y lo que es peor, mis amigos comenzaron a dejarme. Con varios deje de dialogar y otros eliminaron mi email de sus contactos. Comencé a quedarme solo, sin nadie con quien conversar.

Definitivamente había quedado en soledad. Mis amigos actuaban diferente a cómo lo habían hecho antes, ninguno quería hablarme y obviaban también mi presencia física. Una gran amargura comenzó a crecer en mi corazón, y no tenía con quien hablar porque el único que podía ayudarme lo había rechazado de mis contactos.

Allí preferí no seguir viviendo, asimilé el quedarme solo como culpa por todos mis errores y malas actitudes: “soy una mala persona, jamás cambiaré” me decía. Y me consideraba como basura. Comencé a llorar de tristeza.

Entonces algo me ayudó a conectarme. Estaba conectado como siempre... talvez esperándome. Con mucho temor volví a aceptarlo. No tardó en enviarme un “hola amigo!” y yo con mis ojos humedecidos le escribí:

- perdón Jesús, perdón.

- Te amo amigo, cuentas con ese perdón.

Le expresé todo lo que me pasaba y lo lastimado que estaba mi interior. Me escuchó y siempre llegó a mí con una palabra tierna alentándome a no bajar los brazos. Me contuvo, me hizo sonreír, devolvió a mi vida la alegría, me recordó lo mucho que valía entonces volví a ponerme de pié.

Que maravilloso es este Amigo. Siempre está ahí esperándome para hablar conmigo. Sus palabras siempre son necesarias y justas para mi corazón. Si pasan los días y no conversamos, las cosas en mi vida se complican. Y aunque lo rechace, El sigue amándome y me invita a que hablemos. Definitivamente mi vida no es la misma desde que Jesús agregó mi email a sus contactos... y yo lo acepté.